

SÉRGIO KLEIN

PODEROSA 2

DIARIO DE UNA CHICA QUE TENÍA EL MUNDO EN SU MANO



ANAYA

FILOSOFÍA EN LA OSCURIDAD

El penúltimo deseo de mi abuela era que la incinerasen. Desde hacía tiempo, se pasaba todo el día en la cama, mirando al techo o escarbando la pared con las uñas. En los raros momentos de lucidez, se aferraba a mi mano con las fuerzas que le quedaban y me decía que no quería recorrer la eternidad bajo tierra; ¡cualquier cosa menos eso! Se negaba a quedarse encajada en un ataúd sofocante y oscuro; de tan solo pensar en esa hipótesis, empezaba a estornudar. Era inútil recordarle que los muertos no sufren de alergia. No me soltaba la mano hasta que no le prometiera, le jurase, le diera mi palabra de honor de que su cuerpo sería incinerado. Arriesgaba, entonces, la última petición:

—Quiero que esparzan mis cenizas en un parterre con rosas.

En mi opinión, da igual pudrirse en el subsuelo o acabar convertida en carbón. Lo que realmente importa es adónde va el alma, el aura, el espíritu, la esencia, la llama o como se llame el chip abstracto que hace que los ojos brillen y la piel se estremezca. Pero la abuela Nina también se preocupaba por el cuerpo y, pensándolo bien, tal vez no sea justo condenarla por esta vanidad de última hora.

Después de la última petición, esbozaba una sonrisa

nostálgica y me preguntaba por enésima vez si yo sabía que las rosas eran las flores preferidas del abuelo Plinio. Decía entonces que en sus tiempos nadie se enrollaba con nadie. Hacer un rollo era una cosa, pero ¿tener un rollo? Si a un chaval le gustaba una chica, estaba obligado a cumplir con un ritual que comenzaba con un intercambio de miradas a distancia (eso se llamaba galantear, lo consulté en el diccionario) y solo llegaba al beso en la boca al cabo de una maratón que duraba semanas y, en casos más arduos, meses.

Parte importante de aquel ritual era la serenata, hoy prácticamente desaparecida, pero hubo un tiempo en que el sueño de consumo de los chicos era estudiar guitarra para tocar debajo de la ventana de su novia en noches de luna llena. No todos, sin embargo, entendían de música ni se tomaban en serio este afán de romanticismo. Mi abuelo, por ejemplo, creía que el amor a primera vista, las almas gemelas y la felicidad eterna eran los ingredientes de la fórmula de un jarabe nauseabundo, con terribles efectos colaterales, que los comerciantes le hacían tragar a los consumidores con el propósito de aumentar los beneficios en la venta de flores, joyas y bombones.

La opinión del abuelo Plinio solo cambió después de verse implicado en un accidente. Como se le hacía tarde para llegar a su trabajo, salió corriendo detrás de un tranvía y se topó con una chica que cruzaba la calle. Ella volvía del colegio y cayó cerca del bordillo de la acera, donde se le desparramó todo el contenido del bolso. De su codo desollado no salió una gota de sangre, pero la colegiala puso cara de dolor y le preguntó a ese muchacho tan atropellado por qué no miraba por dónde iba.

Plinio no respondió. Se arrodilló en medio de la calle

para recoger los libros y los cuadernos: fue así como descubrió un nombre, Nina, en la etiqueta de la tapa del Atlas. Se quedó mirando a la chica con una sonrisa alucinada. Ella no veía dónde estaba la gracia y, con los brazos cruzados, esperó que él tuviese, por lo menos, la humildad de pedirle disculpas.

Pero el pobre parecía demasiado afligido para actuar de acuerdo con la regla de los buenos modales. Después de recoger y devolver el material escolar, Plinio respiró hondo para armarse de valor y finalmente logró decir algo:

—¿Quiere casarse conmigo, Nina?

Allí estaba él, de rodillas, en pleno centro de la ciudad, bajo el Sol indiscreto del mediodía, declarándosele a una desconocida. ¿Qué le ocurría? Era como si de repente hubiera perdido el miedo al ridículo.

Contradiciendo todas sus teorías, admitió que la pasión era más que una metáfora comercial y agachó la cabeza como un condenado que se prepara para oír la sentencia.

Por lo que me contaba la abuela Nina, el diálogo fue más o menos así:

—Me gustaría saber —refunfuñó ella—, de qué manicomio se ha escapado usted.

—Le aseguro que no estoy loco. Vamos, por lo menos hasta ahora. Pero prometo que perderé el juicio si no acepta mi petición.

—Lo único que me faltaba... ¡Yo no lo conozco de nada!

Mi abuelo se incorporó del suelo y le extendió la mano trémula.

—Encantado, me llamo Plinio: su futuro marido.

—¡Vaya caraduras que hay en este mundo! Debe saber

que...

La frase se quedó a medias. Cuando estiró el dedo hacia la nariz de Plinio, Nina dejó ver el arañazo que tenía como consecuencia de la caída. Inmediatamente él la interrumpió:

—No me diga que tiene dolor de codo por mi culpa.

—¡No tengo dolor de codo! ¡Mi dolor está en el codo!

—No sé hablar muy bien. Pero si usted me diera unas clases particulares...

—Y usted podría retirarse para que me pueda ir.

—Espere, Nina. Voy a llevarla a un hospital para que le curen esa herida.

—En cuanto llegue a casa, yo misma me la curo.

—Buena idea —concluyó Plinio—. ¿Dónde vive?

Fue inútil que Nina alegase que conocía el camino y no le hacía falta una niñera. Con miedo a estar delante de un loco de atar, permitió que Plinio la acompañase y hasta le llevase los libros y los cuadernos. En la puerta de casa, él tuvo incluso la audacia de preguntarle si no podría hacerle una visita: al fin y al cabo, tenía una gran curiosidad por conocer a sus suegros. Ella lo rechazó con un «no, adiós», pero él prefirió entender «tal vez otro día».

Conocida la dirección, no fue difícil descubrir el teléfono. Llamaba a casa de Nina todos los días y acabó trabando amistad con la asistente, una negra gorda (glups), una mujer de origen africano de más de 100 kilos a la que llamaba cariñosamente tía Anastasia. A la mujer le cayó bien Plinio («Qué muchacho tan apasionado. ¡Se merece una oportunidad!») y empezó a darle informaciones precisas. Con la ayuda de tía Anastasia, Plinio descubrió que Nina estudiaba en la Escuela Normal, asistía a las funciones de los domingos por la mañana en el cine Fox, era voraz con-

sumidora de bombones y crucigramas, se moría de miedo al ver una lagartija, pero le daban pena las cucarachas, le gustaba leer poesía en voz alta y había hecho un curso de grafología por correspondencia, en el que había aprendido que las ventanas del alma son las manos, no los ojos.

Tía Anastasia también le contó que en Nina había una frustración, casi un complejo: ¡jamás le habían hecho el regalo de una simple serenata!

Al conocer ese secreto, Plinio compró una guitarra y se matriculó en un curso intensivo del conservatorio de música. Tenía un oído tan malo que el profesor creyó que era sordo y, en el fondo, esperaba que se quedase mudo. Mi abuelo se pasaba el tiempo libre en la habitación, haciendo los ejercicios que el profesor le indicaba, hasta que le comenzaban a sangrar los dedos y los vecinos amenazaban con llamar a la policía si no acababa con su maldita musiquilla.

Con miedo a que lo echaran, se vio obligado a dejar el conservatorio y le vendió la guitarra a un especialista en serenatas llamado Henrique. Le confesó al músico que estaba enamorado y le pidió ayuda para aprender a tocar algún instrumento, cualquiera, solo así sería capaz de ofrecerle a Nina una serenata.

—Aprender a tocar un instrumento lleva tiempo —fue la respuesta—. Si no sabes tocar, ¿por qué no cantas?

Henrique reunió para un ensayo a los compañeros de serenata. Al oír la voz de Plinio, los músicos se dividieron entre taparse los oídos y fruncir la nariz. Todos estuvieron de acuerdo, no obstante, en que un tipo tan «desafinado» sólo podría participar en la serenata bajo el juramento de mantenerse en silencio, limitándose a mover los labios para simular que cantaba. Tenían, además, un nombre que cuidar. Y no querían manchar su reputación con una lluvia

de huevos.

Era víspera del Día de los Enamorados cuando Nina se despertó al oír una canción de amor. Al principio se sintió medio confusa, sin saber si la música venía del sueño, hasta que se animó a salir de la cama y se asomó por la ventana. Plinio se quedó al frente del grupo y se comportó como un muñeco de ventrílocuo, pero la muchacha estaba tan emocionada que no sospechó de la farsa.

Al día siguiente, recibió un ramo de rosas rojas y una tarjeta con un soneto amoroso. Comenzó a leer el poema en voz alta, como le gustaba hacer, y se detuvo en un verso que terminaba con la palabra «corazón». Era como si, de repente, estuviese bajo el efecto de la hipnosis: ¡simplemente no podía apartar la vista de la *zeta*!

Parece increíble que una sola letra o, mejor dicho, que una minúscula señal gráfica pueda cambiar un destino. ¡Pero con mi abuela fue así! Gracias a lo que había aprendido en el curso de grafología a distancia, concluyó que el autor de aquella *zeta* era una persona sensible, inteligente, culta, amable, gentil y con buen humor. Le llamó, le dio las gracias por las flores y aceptó la invitación para ir al cine.

* * *

No sé si estas notas pueden clasificarse como diario. Escribo en espacios libres de cuadernos, márgenes de libros, libretas de apuntes, servilletas de papel, papeles de regalo, bolsitas de pan y folletos de propaganda. Es lo que se puede llamar «literatura multimedia», una actividad que desconoce horarios y se ríe del sentido común. A veces, me paso varios días sin escribir un solo comentario y, según la medida de la TPM (tensión premenstrual) en la

escala Richter, llego a pensar que estoy seca y he perdido la inspiración para siempre. Pero de repente, cuando menos lo espero, mientras me como un bistec poco hecho o en medio de una lección sobre polígonos irregulares, siento una comezón en la mano izquierda y abandono el almuerzo o la clase para registrar una idea luminosa.

Acostumbrada a convivir con el caos, no le veo sentido a comprar un cuaderno espiral con tapa de color rosa para contar que por la mañana fui al colegio y tuve clases de esto, aquello y lo de más allá, que comí a mediodía suflé de zanahorias, que más tarde me entrené en el gimnasio, que volví a casa en autobús, que merendé viendo la tele, que me quedé pensando en fulano hasta caerme de sueño y que dormí abrazada a la almohada. No sé cómo hay personas que pierden el tiempo relatando paso a paso la rutina, llegando al colmo de decir que fueron al cuarto de baño y lo que hicieron allí dentro.

Estoy hablando de Elena. ¡Tan infantil, pobre! Ayer por la tarde vino a casa a estudiar y me pidió que le corrigiese el diario. Naturalmente, reaccioné con asombro. Considero que el diario es una prenda tan íntima como, qué sé yo, una braguita o un sujetador: no se debería prestar y mucho menos andar mostrándolo por ahí. Pero Elena no piensa así. Me dice que soy su mejor amiga y, como escritora, conozco lo suficiente de gramática como para hacer una limpieza en su ortografía. Supongamos que dentro de treinta, cuarenta años, alguien encuentra ese diario en el fondo de un baúl. Si está lleno de gazapos, ¿qué van a decir los nietos de su abuela?

Y yo que creía que solo los escritores sueñan con la posteridad...

Ante su insistencia, eché un vistazo a las notas y des-

cubrí no solo errores de ortografía, sino también de acentuación, concordancia, regencia, cohesión, coherencia y lógica. Me quedé pensando en la decepción de los futuros nietos de Elenita, pero lo que más me llamó la atención fue el estilo. Hasta diría la falta de estilo. Las páginas están plagadas de dibujos de corazones, labios, ojos, estrellas, espirales, asteriscos, arrobas y una infinidad de iconos indecifrables, sin hablar de la colección de adhesivos fosforescentes. En lo alto de la página, mi amiga anota la fecha y comienza el relato con un vocativo bastante original: «Mi querido Diario». Es como si se estuviese desahogando con un osito de peluche o una muñeca de trapo, a quien insiste en contarle, en orden cronológico, una sucesión interminable de días idénticos y sin una pizca de sal.

Para no herir a Elenita, le dije que aún no podía considerarme escritora. Mis obras completas se reducen a una redacción publicada en *Buen ojo*, el periódico del colegio, así que no me siento con autoridad para hacerme la crítica literaria. Si desea una opinión sólida, ¿por qué no le muestra el diario a la profesora Clarice?

—¿Y los adhesivos? —preguntó Elena, queriendo a toda costa arrancarme un elogio—. ¡No te imaginas cómo brillan en la oscuridad!

Habíamos cerrado la puerta de la habitación para no molestar a mi abuela, que duerme en la habitación de al lado y tiene el sueño muy ligero. Elenita apagó la luz para mostrarme los adhesivos brillantes, pero yo aproveché la oscuridad para filosofar y me pregunté a mí misma, de mujer a mujer, si yo también me preocupaba por dejarles una herencia a mis nietos virtuales.

En otras palabras: ¿qué me lleva a escribir?

Cuando tienen que responder a esa pregunta, los au-

tores dicen que escriben porque quieren ser inmortales, o hacerse famosos, o ganar una fortuna, o conquistar a actrices y modelos, o matar el aburrimiento, o mentir sin culpa, o huir de la realidad, o esquivar la locura, o vengarse del cero que un día les puso una antigua profesora de redacción. Ninguno de esos motivos me convence. Si me entrevistasen, diría que empecé a escribir con la humilde pretensión de crear historias que divirtiesen a los lectores, entre los cuales, naturalmente, estoy incluida. En realidad, soy la primera de la fila.

Fue con este inocente propósito (divertir al profesor Apolo y, de paso, sacar buena nota en el trabajo de Historia) con el que compuse esa redacción publicada en *Buen ojo*. Estábamos estudiando la Edad Media y nos encargaron un trabajo sobre un personaje destacado de ese período. Elegí entonces a Juana de Arco, de quien soy medio tocaya. Mi madre es devota hasta hoy de la santa patrona de Francia y se le ocurrió ponerme de nombre Joana, mientras que mi padre prefería Rosalía, porque quería homenajear a su madre, recién fallecida. En resumen: me bautizaron como Joana Rosalía. Nunca le perdonaré al del registro que haya sido cómplice de ese desastre. ¡Joana Rosalía! ¿Es ese acaso un nombre de escritora?

Pero, como estaba diciendo, Apolo encargó la investigación y me puso en el mismo grupo de Danyelle. Ella se ocupó de la primera parte de la investigación, extrajo de Internet unas cuantas referencias y pegoteó una con otra hasta transformar a Juana de Arco en un verdadero Frankenstein. Yo me ocupé de la conclusión del trabajo: narrar la escena de la hoguera. Para compensar el pegote de Dany, pensé que tenía la obligación de ser lo más original posible. Y además: ¿qué gracia hay en repetir que los in-

gleses apresaron a Juana de Arco, la juzgaron y condenaron por brujería y murió en la hoguera a los 19 años? Lo que me encanta de la literatura es justamente la posibilidad de sorprender a los lectores; por ello dejé de lado la historia e inventé que la heroína francesa había escapado de la prisión y guiado al ejército francés a la victoria contra los ingleses. Acabada la guerra de los Cien Años, Juana vuelve a su ciudad natal y vive lo suficiente para escribir sus memorias.

Casi me arrojaron a la hoguera a mí cuando leí la redacción en clase. Al profesor Apolo solo le faltó llamarme hereje y castigó a nuestro equipo con un cero incuestionable. Pero no hubo que esperar mucho para que se revisase la pena. Aquella misma noche, los telediarios anunciaron un titular que encendía la historia: un grupo de arqueólogos franceses había encontrado el diario de Juana de Arco, en el que ella confirmaba todos los detalles de mi redacción.

Solo entonces descubrí que la literatura podía cambiar el mundo o, por lo menos, mi literatura.

Soy zurda, y todo lo que escribo con la mano izquierda se convierte en realidad de inmediato. Puede parecer que utilizo ese don para producir grandes hazañas, como remover la biografía de distintas personalidades y alterar el curso de la historia. No es exactamente así. Buena parte de mis historias se desarrollan en el ambiente doméstico y tienen como personajes a mis padres, mi hermano, mi abuela, compañeros, profesores y vecinas. Pero no soy esclava del realismo: también me gusta enfrentarme a personajes ficticios y eso fue lo que hice la tarde en que Elenita me mostró su diario fosforescente.

El glotón de mi hermano acababa de volver del cole-

gio y, como siempre, encendió la tele para entretenerse con un videojuego y preguntó qué había de comer. Mi madre ya estaba en la cocina, preparando un batido doble, cuando soltó un grito a causa de una cucaracha voladora y me hizo pensar en Silvia.

Dueña del salón de belleza que frecuento, Silvia suele decir que matar cucarachas y cambiar bombillas son tareas exclusivas de los hombres. Más exactamente: de los maridos. «Al final solo sirven para eso.» Ocurre que mis padres están separados y, en mi casa, el único representante del sexo masculino es mi hermano Álex. El niño tiene 8 años bien vividos, pero sigue actuando como si su ombligo fuese el Sol en torno al cual gravitan todos los planetas de la Vía Láctea. Hipnotizado por el videojuego, no oyó el griterío. Solo yo, por tanto, podía acudir al grito de mi madre. Ella se enjugaba las lágrimas con el paño de secar los platos y señalaba un rincón de la cocina: allí, bajo el fogón, había aterrizado el asqueroso bicho.

Me dan asco las cucarachas como a cualquier chica, o como a cualquier chica normal, así que pensé en telefonar a mi padre. Pero mi madre no estuvo de acuerdo: ¡matar cucarachas es la tarea de los maridos en ejercicio, no de los ex maridos! ¿No podría yo, en una de esas, resolver la situación de otra manera?

De acuerdo, no me costaba nada. Cogí un lápiz y anoté en un ángulo del cuaderno, lejos de la mirada de Elena:

«La terrible cucaracha voladora se va a transformar en un insecto inofensivo.»

En el acto, salió una mariquita por debajo del fogón. Mi madre me agradeció la frase con un guiño cómplice y siguió preparando el batido de Álex. Elenita fue hasta la cocina a beber un vaso de agua y poco faltó para que

aplastase de un pisotón a mi minúsculo personaje. Antes de que se produjese un accidente, acerqué un dedo al suelo y esperé que la mariquita escalase por mi brazo. Me costó soportar las cosquillas cuando se me acercó al codo, deteniéndose al lado de una peca que debe de haber confundido con un macho tímido. Poco después, descubriendo la equivocación, voló en zigzag por la sala y siguió camino del pasillo.

Me dejé guiar por la mariquita hasta la habitación de la abuela Nina, que estaba tumbada de lado y agujereaba la pared con las uñas. Confieso que nunca he entendido ese extraño pasatiempo y, a falta de una buena explicación, acabé conformándome con la versión oficial de la familia: la pobre había perdido el juicio y vivía en un mundo sin lógica, donde la única distracción posible era hacer un hueco en la pared de la habitación.

Si estaba buscando algo, aquella tarde lo encontró:

—¡Cómo te echaba de menos! —susurró vuelta hacia la pared—. Pero no has cambiado nada, ¿eh? En realidad, estás aún más guapo.

Cuando se dio cuenta de mi presencia, la abuela Nina me dijo que tenía que irme. Vaya, pues, ¿y adónde? Señaló el hueco en la pared y me contó que mi abuelo estaba ahí dentro, esperando, con la misma chaqueta que había usado la noche de la primera serenata. Parece que quería hablarme de esa noche, pero solo tuvo fuerzas para sonreír y lentamente me soltó la mano.